

BREVES COMENTARIOS A LAS APOSTILLAS Y NOTAS QUE SE LEEN EN ALGUNOS TRABAJOS DE ERNESTO SABATO

ADENTRAMIENTO

Aventuras con la serenidad de pesquisas e indagaciones, la palabra sabatiana en juicios y enfoques que han ido expresándose dentro de mucha concisión, bajo la forma de epigramas y también de «Apologías y rechazos», uniéndose asimismo la densidad rápida y fascinante de una madurez bastante rica y matizada en un libro de edad primeriza, el primer libro publicado por Sábato, *Uno y el universo*, la trayectoria intensa de otras obras y, por ejemplo, pienso en *El túnel*, drama de los celos que en la estilística narrativa se plasmó y que fue saludado con entusiasmo por miradas tan agudas como las de Graham Greene y de Albert Camus, llevándonos hasta el corazón mismo de las pasiones y sobrepasando así los límites de eso que hemos dado en llamar «el bien y el mal». Una situación que no tiene nada de inmóvil, y que asimismo se destaca con rabia arremetiendo en *Abaddón, el exterminador* contra los juegos de lexicografía, contra las diversiones puramente verbales del novelista. En ese adentramiento, como algo que tenazmente se plantea, el escritor argentino le concede a su pluma un encaminamiento bruñido, pulido, hecho a base de relamida búsqueda de la calidad de la prosa. Con honestidad en la visión crítica de las cosas, y en abarcamiento de su constante y presente humanismo. Es como una necesidad de contemplar en análisis a la sociedad contemporánea, incluso con una dosis suficiente de ironía. El mundo se abre, a ratos, como una rosa que tiene tendencia ya a desmayarse, y Sábato penetra entre sus pétalos con ojos agudos como estiletes. Por lo tanto, ¿cómo negar la urgencia de moralista que hay en sus páginas, sean las que sean, ensayísticas y narradoras? Claro que otra novela suya, y tan sólo por el título, nos obligaba a considerarnos inmersos en un universo de pasiones y de desasosiego, claramente encuadrados en la verdad de la existencia, y me refiero a *Sobre héroes y tumbas*, incluyéndose la relación de factores de exigentes metáforas, modalidad que atrae a su autor y

en la que se muestran sus innegables fuerzas de equivalencia y de sopesamiento al comparar los hechos que se narran con la razón y la imagen, en construcción metafórica que mucho tiene de ecuación poética. Con todo ello, el lector se encara con una amplia catalogación temática, que establece interpretaciones entre la vastedad cósmica y la anécdota individual y cotidiana. Va así progresando la acción de mirar y de criticar, como si fuese cíclica perspectiva. Y sin halagar nunca en estilo de adornos, en prosa excesivamente acicalada y ñoñamente sonriente. Desde luego, Sábato se aparta de melindres y afeites para que se quede en su soledad majestuosa la palabra escrita, la palabra impresa. Un horizonte que conlleva al hombre de la autenticidad con su vehemente anhelo de claridad, de expresión absoluta y categórica. Con las entrañas fuera, con el corazón en la mano a sabiendas de que acaso no le recoge nadie. Es una mirada que se viste de mitos y sueños, en la luz concreta y coherente de un tiempo siempre habitado. La palabra con su poder de investigación, tal como hace en el poema llegando a ser instrumento de intuición y de conocimiento. Abarcando todo, o casi todo. Es decir, que Sábato muestra manifiesta inclinación por la libertad y la persona. Complementándose siempre. El escritor se pone ante sus materiales: los problemas propiamente dichos del hombre, de aquello que Malraux llamó atinadamente en novela «La condición humana». También pudiera ser que interviniese lo dicho por la creatividad jorgemanriqueña, lo de «recuerde el alma dormida», etc. Los momentos del hombre, un tiempo acendradamente sentido y vivido en sus fragmentaciones y teselas, todo cuanto se requiere para ir aunando las energías más o menos patéticas del vivir de todos los días. La palabra en su belleza cincelada, al igual que hace el escultor con la piedra o el mármol. Realidad que Sábato pone de manifiesto asimismo en *El escritor y sus fantasmas*, la palabra frondosa. Es una confrontación honda, que se mueve entre sombras y luces, creativa entre espejo y biografía, como una miscelánea de miradas críticas.

EL PAPEL DEL ARTISTA

Los textos de Sábato (1), con la fidelidad y justificación de su sentido ético de la persona, siempre se relacionan con el destino del hombre y con la significación de su existencia. Por ello mismo, y en primer lugar, se trata del papel que ocupa (y representa, superando cualquier abatimiento o duda de la responsabilidad) el artista, espe-

(1) Cf. *Apologías y rechazos*, Seix Barral, Barcelona, 1979.

cialmente el intelectual y, sobre todo, el poeta. Eligió un modelo ejemplar en todos los ángulos interpretativos: Leonardo. Sábato habla del «insoslayable yo del artista». ¿Cómo no estar de acuerdo? Es dentro de la autobiografía más limpia y más honda donde residen los elementos de la creación, y desde donde se extraen esos mismos elementos para que sean fusión de arranque, de originalidad. Lo apasionado y lo más relativamente frío. Objeto y sujeto que entran en juego, inevitablemente. «En Leonardo aparece dramáticamente la lucha entre el deseo de objetividad que caracteriza a la ciencia y la inevitable subjetividad que brota del arte.» Iluminadas y oscuras moradas para el camino que hay que recorrer. Y «así vamos de la vida al universo perfecto de la geometría, pero debemos volver, si queremos seguir perteneciendo a la raza humana». Matización muy precisa y muy justa. El hombre añora el arte, y tiene que estar inmerso, ante todo, en la vida, en la substancia de los trabajos y de los días hesiódicamente pensando. Es buscar y hallar orden en el caos, la racionalidad en lo irracional y alejándose algo de las fórmulas platónicas. Como dice Sábato: «la calma en la inquietud, la paz en la desdicha».

Dice más esto otro: «El arte es decir, la poesía» surge de ese confuso territorio y a causa de su misma confusión.» Lo tumultuoso, el río en sus aguas nunca apacibles, la plenitud humana por excelencia. Con la pasión como elementos motor. O sea entregándonos a la búsqueda de nuestra interioridad que siempre está en mayor o menor desequilibrio. El poderío de la inestabilidad de uno mismo que sirve para la comprensión de todo lo demás, seres y cosas. El empuje y encaminamiento artístico no puede prescindir del yo, ese yo insoslayable y acuciante. Eso es lo que le orienta y «le permite acceder a la universalidad concreta, en virtud de aquella dialéctica kierkegaardiana, según la cual más alcanzamos el corazón de todos cuanto más ahondamos en el nuestro.»

Lucha entre las conmociones terrestres de cada día y las eternidades de lo remansadamente espiritual. El artista, el poeta, acaso más y mejor que nadie, sabe que es muy duro existir. A causa de la soledad. Siempre dialogadora, pero sin salirse de su solitaria interioridad por mucho que se relacione y suba a los tallos y espigas que le ofrecen sus propias raíces. Es más bien la nostalgia, el angustioso zozobrar de las realidades sensibles. Y Sábato considera a su ejemplo llamado Leonardo como un ser dual. Los mitos y los sueños, o sea el arte de la poesía en acción, refractaria tentativa del hombre ante la conminación racionalizante y racionalizadora. Así se explica que Sábato escriba: «Cuando el hombre era una integridad y no este ser patéticamente escindido que nos ha proporcionado la mentalidad mo-